

DON EDUARDO HOLMBERG

ofreció sus valiosos talleres, asociándose con él para esta empresa. *P. B. T.* obtuvo un éxito inmediato. Pellicer, experto en tal clase de publicaciones, supo darle desde los primeros números gran interés. Le acompañaron en su nueva fundación Don Juan Sanuy, como director artístico, y Don Eduardo Pueyo y Don Julián de Vargas, como redactores.

El carácter de la revista queda expuesto en su subtítulo, «Semanao infantil ilustrado (para niños de nueve á ochenta años).» Hay, efectivamente, en sus 192 páginas lectura adecuada para gentes de todas edades y gustos. Predomina la nota humorística y satírica en artículos y caricaturas, y abundan las informaciones mundiales, todo con gran profusión de grabados.

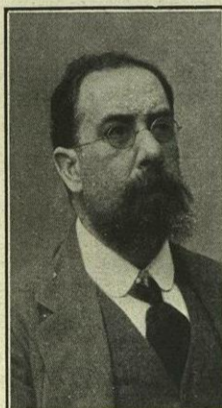
Recientemente abandonó el Sr. Pellicer la dirección de *P. B. T.* para descansar de su vida profesional, tan abundante en creaciones y éxitos, y le ha sustituido Don Eduardo A. Holmberg, hijo del célebre naturalista del mismo nombre. Holmberg es muy hábil en este género de publicaciones ilustradas, habiendo trabajado antes en *Caras y Caretas*.

Los puestos más importantes de *P. B. T.* los ocupan Don Eduardo Pueyo, Don Enrique

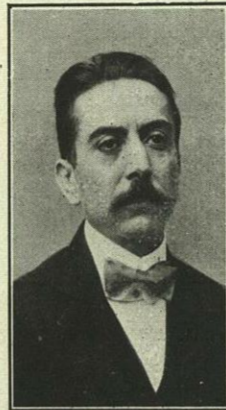
Vera y González y Don Julián de Vargas, como redactores literarios. Don César Maureso dirige la marcha administrativa del periódico, que alcanza grandes éxitos de popularidad. La parte artística se halla encomendada á Don José Olivella y al joven dibujante Don Pedro Rojas. Este, antes de trasladarse á la Argentina, había conquistado en España un justo renombre por sus trabajos.

P. B. T. es la revista que semanalmente da mayor cantidad de lectura, profusamente ilustrada. En algunos números pasan de 400 los grabados que acompañan al texto, además de numerosas láminas en colores.

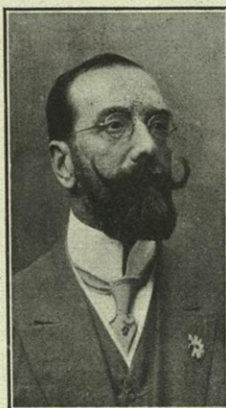
La Ilustración Sud-Americana es otra revista, de gran forma, muy elegante en su presentación. Colaboran en ella notables escritores nacionales y extranjeros y su lectura amena ofrece especial atractivo á las familias.



VERA Y GONZÁLEZ



DON EDUARDO PUEYO



DON CÉSAR MAURESO

VIII

EL CARÁCTER ARGENTINO - LA MUJER - LA BENEFICENCIA

«Los argentinos — dice Elíseo Reclús — tienen la inteligencia fácil y maravillosamente receptiva del español. Poseen la audacia y el valor en alto grado, y comparados con sus vecinos los brasileños, presentan un carácter más decidido, una voluntad más firme, una fuerza de ejecución más rápida y más enérgica. Bajo el impulso de nobles ideas se entregan fácilmente á grandes entusiasmos colectivos. Llenos de ambición, ansían «hacer cosas grandes», y realmente las hacen, desarrollando sus recursos materiales con un impulso tan rápido, que ha llegado á maravillar á los americanos del Norte».

La audacia y el valor de que habla Reclús son, efectivamente, las condiciones más salientes del carácter argentino. En ningún país se rinde un culto tan sincero al coraje humano. Los argentinos, aunque posean una educación superior, admiran la valentía casi con preferencia á la virtud y el talento. Esta pasión por todo

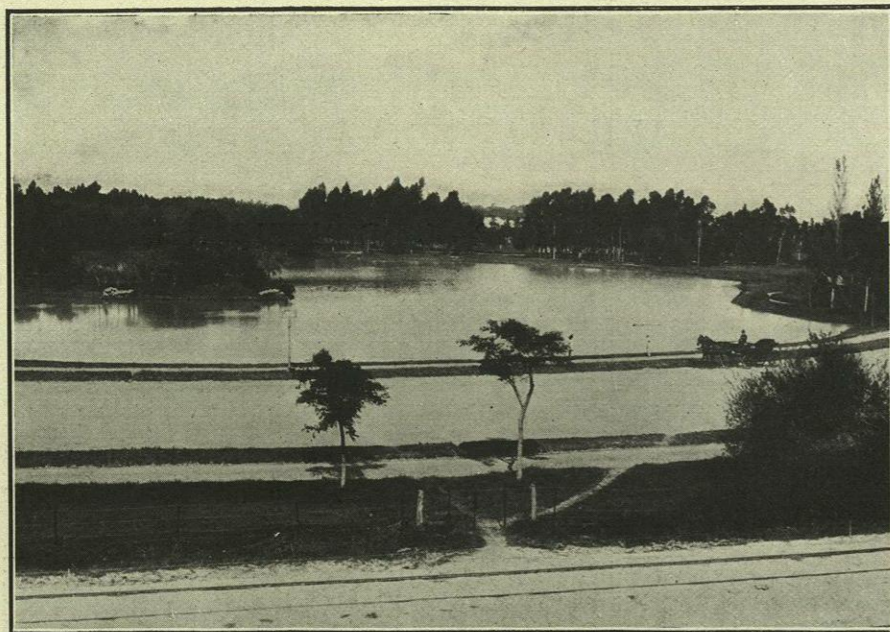
lo que resulta audaz y enérgico es herencia tal vez de los rudos abuelos, que para subsistir tenían que pasar el día á caballo, con la lanza pronta á toda clase de peligros.

Un malvado, si es valiente, encuentra cierta disculpa á los ojos del argentino. Execrará éste sus delitos; pero seguramente se apiadará de su persona, deseando para ella mejor suerte. En la vida social de las clases superiores, se encuentran á veces hombres de presa, temibles *arrivistas*, que, proponiendo ciertos negocios, saquean al amigo. Pero son valientes; en caso de conflicto saben defenderse con arrogancia, y esto basta para que mantengan su posición y las gentes no creen el vacío en torno de ellos.

En cambio, la cobardía, la falta de carácter, no se perdona. Notables políticos se han desacreditado para siempre porque en un momento decisivo no supieron repeler los insultos de sus adversarios. Personajes de talento quedan desconceptuados si en algún lance de su vida muestran flojedad. Hasta las gentes más cultas no pueden disimular su desprecio por los que carecen de valor personal. La mujer argentina tiene tal concepto del hombre de su país, que



PARQUE DE PALERMO. AVENIDA DE LAS PALMERAS



PARQUE DE PALERMO. LOS LAGOS

estos defectos se compensan con sólo una condición: no conocer la cobardía. El valiente, sólo con serlo, lleva ganada una parte de éxito en este país de lucha y concurrencia.

El culto tradicional al valor, tan generalizado en Argentina, no se advierte á primera vista. Las buenas maneras habituales en toda clase de gentes, el trato dulce y c6rtés, el habla melosa de algunas provincias, la atención con que escuchan al extranjero, ansiosos de aprender cosas nuevas, y la virtud de la hospitalidad, heredada de los tiempos coloniales, hacen creer á los ignorantes de las condiciones del país que el argentino es flojo de ánimo y tardo en indignarse. ¡Fatal equivocación, que conduce á muchos extranjeros á peligrosos choques! Que la injusticia ó la ofensa arañen este exterior afable, y reaparecerá el nieto del jinete de las llanuras, del peleador irreductible, que exponía su cabeza en las contiendas civiles con la mayor tranquilidad.

El argentino es temerario, pero guarda su coraje para los momentos de pelea. En la vida ordinaria evita la fanfarronería y la insolencia, á que tan inclinados se muestran otros pueblos. Sus maneras corteses disimulan un valor y una audacia que en las últimas clases sociales llega hasta la ferocidad. En la Argentina no existe el mat6n jactancioso y exagerador de sus hazañas. El antiguo gaucho malo, el cuatrero vagabundo evitaba hablar de las muertes que había hecho y las llamaba *desgracias*. En las clases elevadas, raramente se encuentran buscadores de querella ni duelistas por placer. Pero todos son diestros tiradores de armas, y cuando llegan á un lance tiene éste un carácter mucho más grave que en otros países.

Revélese también en la vida nacional esta condición característica del argentino: valeroso, audaz y poco inclinado á alabarse de sus cualidades. Otros pueblos,

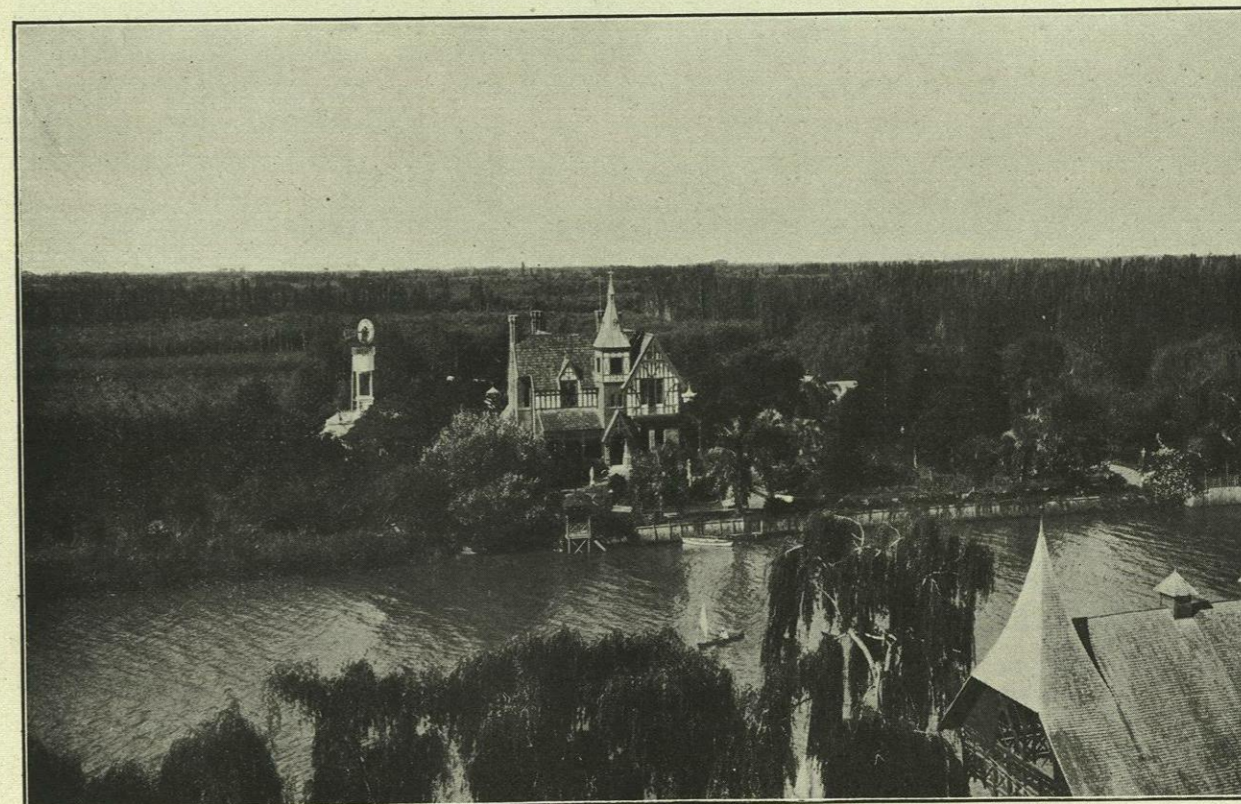


BUENOS AIRES. BARRANCA BELGRANO

no puede imaginárselo cobarde, y cuando nota en uno de ellos ausencia de coraje, su asombro es aún mayor que su desprecio ó su lástima. En Argentina se pueden tener vicios y realizar negocios de mala fe, lo mismo que en cualquier otro país de la tierra, sin que por ello sufra gran quebranto el crédito personal: se puede ser ignorante, presuntuoso, embustero, maligno, pero todos

de poseer los medios de defensa de la Argentina, estarían á todas horas exaltando la fuerza de su ejército y su armada. El argentino ama la paz, y ocupado en su trabajo sólo se acuerda de admirar, cuando llegan las fiestas patrias, á los hombres de armas encargados de la defensa del país. Este ejército, que todos respetan, pero en el que se piensa muy poco, es una genuína representación del carácter nacional. Jamás se le ocurrirá desear, como en otras naciones, una idolatría entusiástica por sus servicios. Es modesto y no atribuye á su valor un mérito extraordinario. Cumple su deber sin intervenir nunca en las funciones del gobierno.

Este núcleo de la Argentina armada, con todas sus condiciones de valor y de modes-



UN PANORAMA DEL TIGRE

tia, no ha sido derrotado jamás dentro de las fronteras nacionales. Ningún enemigo lo ha visto correr. La única vez que sufrió un descalabro, en la jornada de Sipe-Sipe, prefirió dejarse copar antes que volver las espaldas.

* * *

Una condición del carácter argentino, tan sobresaliente como el valor, es la curiosidad; el afán de nuevos conocimientos; un deseo de saber, inquieto é insaciable, como no lo posee pueblo alguno de la tierra. El antiguo refrán «nadie se acuesta sin haber aprendido algo nuevo», resulta insuficiente para este país. El argentino consideraría perdida su jornada si se acostase no poseyendo, al menos, una docena de conocimientos nuevos.

Esta curiosidad nacional se manifiesta en todas las edades y clases. Los periódicos, enormes y de nutrida lectura, verdaderas enciclopedias diarias, que hablan de todo y se ocupan de cuantos problemas existen, reflejan la general ansia de aprender. Todo interesa á los argentinos: su curiosidad de pueblo joven abarca el globo entero.

En Europa vivimos dedicados á especialidades. Cada uno, aparte de esa ilustración general



REGATAS EN EL TIGRE

que es como el barniz de la vida moderna, ahonda en una sección determinada del vasto campo de la mentalidad. Hasta las curiosidades se mueven en un radio limitado. A los latinos nos interesan las naciones de nuestro origen, y las noticias de los otros pueblos atraen flojamente nuestra atención. Igual les ocurre á las gentes del Norte de Europa con sus hermanos de raza. Y unos y otros apenas si tienen una vaga concepción de lo que ocurre en el resto del mundo.

El argentino, en cambio, desea enterarse de lo que ocurre en su continente, y en el otro, y en todos los lugares del globo terráqueo. Su facilidad de asimilación, su prodigiosa retentiva le permiten hablar de todos los asuntos: su curiosidad se estremece y se abre con el ansia de novedades.

Tiene el carácter de los argentinos cierta semejanza con el de los antiguos galos, venerables abuelos del parisién actual, que salían á los caminos para detener al viajero y lo llevaban á su choza, abrumándolo á preguntas y no soltándolo hasta que habían exprimido de su memoria la última noticia. Encontrar á un argentino de alguna lectura en un vagón de ferrocarril ó sobre la cubierta de un buque, es lo mismo que tropezarse con un reporter insaciable. Sus ojos y su gesto reflejan la ansiedad por conocer nuevas opiniones. Sonríe cortésmente mientras dispara sus preguntas con la presteza de un cañón de tiro rápido. «Y diga usted, señor, ¿qué opina usted de... tal cosa?» Las consultas no pueden ser más diversas y revelan una curiosidad sin límites. Os pregunta lo que pensáis sobre tal ó cual escritor; qué escuela literaria es la que se halla más de moda; de qué procedimientos os valéis para escribir los libros; si tenéis manías, como debe tenerlas todo autor que se respeta; qué opináis del *radium* y de la aviación; qué os parece el nuevo presidente del Consejo de ministros de Rusia y cuál es vuestro criterio acerca del Gabinete obrero que gobierna Australia.

Y desorientados por esta curiosa facundia, que abarca toda la tierra, os sentís empequeñecidos, humillados. Muchas de las cosas que os pregunta las ignoráis: apenas si habéis obte-

nido vagas noticias de ellas, ocupados en trabajos especiales que son de vuestra predilección. De los gobernantes de Australia ó los ministros de Rusia, conocéis vagamente los nombres y sentís deseos de contestar que deben hallarse buenos de salud: ¡gracias!

Esta curiosidad se refleja igualmente con una innovación continua en las manifestaciones intelectuales del país.

Lucen las damas de Buenos Aires las modas nuevas de París y Londres á los veinte días de haber apare-

cido en estas capitales. Cuando aun no se han generalizado en las ciudades de Europa, ya están usadas y casi viejas en las calles de la metrópoli platense. Es más: algunas veces las modas europeas mueren al nacer: el resto del continente no las adopta, y desaparecen sin que nadie sospeche que han vivido al otro lado del Atlántico una temporada más ó menos breve.

Igual ocurre con las ideas. Surge en Europa una teoría científica, original; una nueva tendencia literaria, y á la semana de haber llegado á Buenos Aires envuelta en las cubiertas de una revista, ya hay profesor que la expone en la cátedra ó escritor que la propala en sus artículos. Si la novedad llega á arraigarse, por ser de un valor positivo, ocurre que mientras se propaga lentamente por Europa, ya están cansados en Buenos Aires de hablar de ella. Si fracasa — y es lo que ocurre las más de las veces —, el viejo mundo se queda sin enterarse de esta tentativa, que durante meses, y aun durante años, circula al otro lado del Océano como la última y más grandiosa conquista del pensamiento. De aquí que el europeo sienta cierta

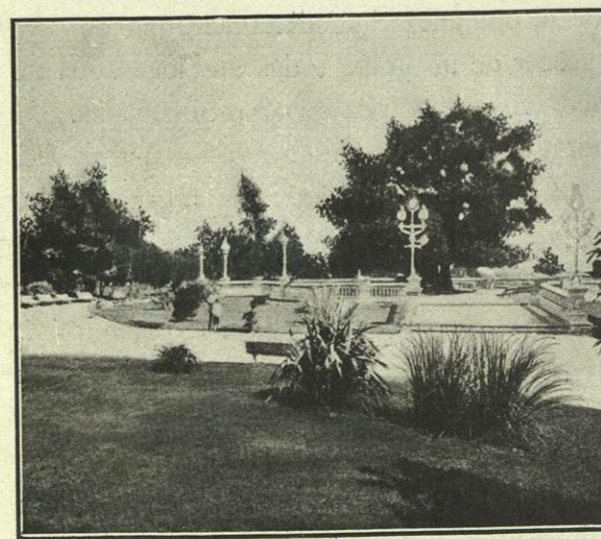
desorientación, como si cayese en un mundo extraño, al llegar á la Argentina y oír que le hablan de grandes obras que desconoce y genios del viejo mundo totalmente ignorados en el país de origen.

Inútil es decir que la Argentina posee, como todas las naciones progresivas, una minoría de hombres selectos dedicados al estudio y que profundizan determinadas especialidades. Pero yo hablo del carácter general del país, de su curiosidad insaciable, que todo lo desea saber y todo lo quiere abarcar.

Esta curiosidad no es digna de censura: antes bien puede considerarse como una de las grandes condiciones del pueblo argentino: tal



BUENOS AIRES. PASEO DE LA RECOLETA



BUENOS AIRES. PASEO DE LA RECOLETA



REGATAS EN EL TIGRE

vez la mejor y la más útil. El deseo de saber ha sido el resorte impulsor de su progreso. Merced al afán de enterarse de todo lo nuevo, la Argentina ha ido desenvolviendo rápidamente sus fuerzas morales y explotado las ventajas que le ofrecía la naturaleza.

Por otra parte, esta curiosidad ofrece sus defectos. Muchos argentinos, afanosos de aprenderlo todo, tienen mentalmente la frívola ligereza del pájaro. Apenas desfloran una idea, pasan á otra. Discurren á pequeños saltos: su movilidad sólo les permite gravitar breves instantes sobre el mismo pensamiento.

Cuando oyen hablar de un autor que no conocen, preguntan inmediatamente por su obra maestra. No es delicadeza literaria; es deseo de poseer de un golpe todas sus ideas. Así no necesitan leer las demás obras, y su curiosidad puede volar en busca de otras novedades.

En los teatros se suceden los estrenos incesantemente. Triunfa una obra en una capital de Europa, y antes de que pase á las provincias de la nación de origen, ya canturrean los niños su música en las calles de Buenos Aires. La prontitud de la novedad teatral corre parejas con la escasa duración de las obras en los carteles anunciadores. Necesita la curiosidad un aliciente diario. Las novedades de hoy son viejas mañana, y deben morir para dejar sitio á la incesante renovación. Compañías que llegan de Europa para dar treinta representaciones, traen otras tantas obras preparadas. El mayor de los éxitos para una de ellas es mantenerse tres días en el cartel. En el teatro de Colón casi nunca se canta dos veces seguidas una misma ópera.

Un empresario de teatros me contó una anécdota que retrata la curiosidad argentina. Para representar en Buenos Aires un baile mímico de gran espectáculo, salió de Italia un vapor con decoraciones, numerosa orquesta y gran cantidad de bailarinas. Se arriesgaba mucho dinero

en la empresa, pero la obra era de éxito seguro. En las principales capitales de Europa se había representado años enteros. Al llegar á la ciudad del Plata hubo que contratar más figurantes y hacer numerosos ensayos. Un mes de espera y nuevos gastos. La noche del estreno el éxito fué delirante. El público salía del teatro haciendo grandes elogios. «¡Muy hermoso! ¡Muy lindo!» Algunos se aproximaban al despacho de los empresarios, y luego de felicitarles preguntaban con naturalidad: — ¿Y qué baile dan ustedes mañana? . . .

El ansia de novedades, con todos sus defectos, es preferible á la indiferencia embrutecedora de otros países. Tal vez parezcan muchos argentinos frívolos y poco seguros en su curiosidad; pero con su ávido deseo de nuevos conocimientos, trabajan por el desarrollo de su patria más que aquellos que permanecen apáticos é indiferentes á cuanto les rodea.

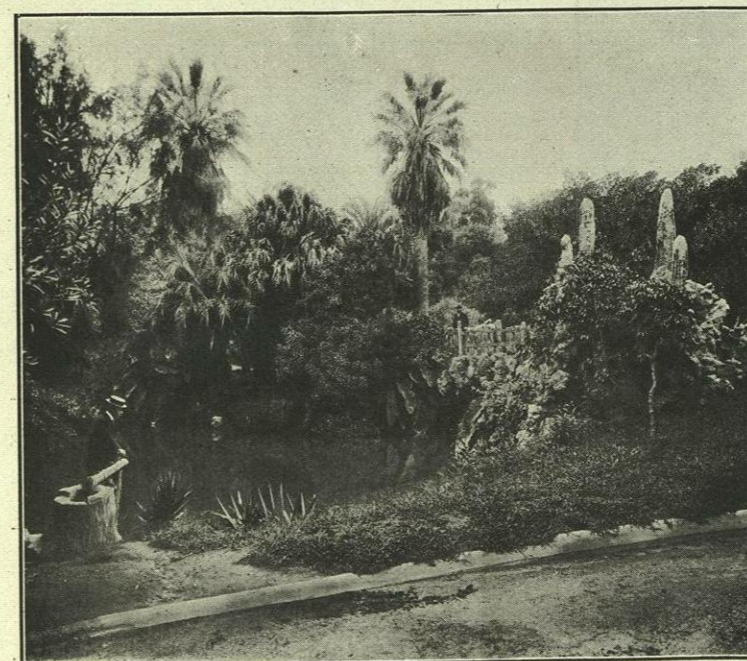
Desean «trabajar en grande» en su progreso intelectual; hacer cosas enormes, de un solo golpe, lo mismo que las han realizado en su progreso económico. Y como su cultura es joven y empezó á desarrollarse á última hora, cuando la civilización moderna llevaba muchos años de producción, de aquí que se agiten tanto, queriendo abarcarlo todo, poseerlo todo, sin pérdida de tiempo, temerosos de que su vida se extinga sin realizar esta conquista.

Argentina reproduce actualmente, más en grande — como puede reflejar todo un pueblo las condiciones de un grupo selecto de individuos —, aquella curiosidad de los hombres del Renacimiento, que enardecidos por el resurgir del tesoro intelectual helénico, se asomaron á todas las ciencias, gustaron de todas las artes, pasando de un conocimiento á otro con la prisa del que teme no llegar á aprenderlo todo antes de que le sorprenda la muerte. La noble ansiedad de los italianos, franceses y españoles de los siglos xv y xvi, múltiples en sus estudios y sus actividades, se ha reflejado en algunos personajes de la Argentina moderna, hombres de ciencia y de guerra, poetas, militares, artistas, médicos é historiadores, todo á la vez.

La curiosidad es la que ha hecho que el rudo ganadero de años atrás se dedicase al estudio, importando de Europa las mejores especies para el mejoramiento de la raza: ella ha convertido al pastor en agricultor y ha transformado las ciudades, y modificado la educación tradicional. Muchos que critican á la Argentina — envidiosos tal vez de sus progresos —, no dan valor al habitante, y atribuyen su desarrollo únicamente á las riquezas naturales que encierra. Es falso. La natura-



MAR DEL PLATA. LA RAMBLA



BUENOS AIRES. JARDÍN BOTÁNICO